

LIBRO PRIMERO

—
LA METAMÓRFOSIS

LIBRO PRIMERO

LA METAMORFOSIS

I.

TERROR Y REPUGNANCIA

DE UNA NIÑA (1).

«Había pasado el invierno, el verano y casi la mas bella estacion desde que partiera mi padre para la Luisiana, de donde no habia de volver. Nuestra casa de campo estaba desierta. Aquejada mi madre de presentimientos y temerosa de penetrar en ella, mandóme allí una tarde con mis hermanos para que cogiésemos un poco de fruta.

» Confieso que partí un tanto ilusionada, creyendo casi encontrar en el hogar paterno alguna persona amiga que me abriera sus brazos y recibiera en su seno.

» Conmovida, pasé el umbral de la puerta de la calle y de un salto me planté frente de la que tantas veces me habia abierto mi padre con sonrisa inefable que todavía creia ver dibujada en sus labios.

(1) Este fragmento de un diario familiar estaba destinado primero para el libro titulado: *El Pájaro*.

» Joven, si bien hecha ya una mujercita, en esa edad en que lo que sueña la imaginación influye tanto sobre nosotros, mi tierno corazón se negaba á creer en la evidencia. Esperé un momento, creyendo á cada instante ver abrirse la puerta, pero ¡vana quimera! la fuerza de mi fe tuvo que vencer á la triste realidad... La puerta se mantuvo cerrada...

» Entonces abrila yo con mano temblorosa, esperando siquiera encontrar su sombra, pero hasta la sombra de mi buen padre habia desaparecido. Un mundo de oscuridad, enemigo de la luz, habíase introducido en ese asilo, mundo que me rodeó al poner los piés en aquella habitación.

» La negra mesita que sirviera al autor de mis días, pobre reliquia de familia, y los estantes de su biblioteca, rechinaban por intervalos bajo el diente del gusano roedor. En tan poco tiempo el cuarto do me hallaba habia tomado cierto aspecto de vetustez. Grandes arañas, inmóviles y cual guardadoras de ese lugar, tapizaron con sus redes la vacía alcoba. Innumerables cucarachas y milpiés corrian, se encaramaban aquí y allá, buscando un abrigo bajo la techumbre.

» Esa aparición extraña, imprevista, me impresionó de tal suerte, que mis piernas no pudieron sostenerme y caí al suelo anegada en llanto, exclamando: « ¡Padre mio! ¡padre mio! ¿En dónde estás?... »

» Desde entonces sólo ví la horridez de cuanto me rodeaba; y por todos lados que me dirigia, en el patio, en el jardín, encontrábame con los nuevos y silenciosos huéspedes que nos habian reemplazado en aquella casa.

» Ya la primera niebla nocturna se confundia con los últimos rayos del sol, y los caracoles, instalados por

esa cálida humedad, salian á bandos de las hojas que tapizaban nuestras calles de árboles. Marchaban con paso lento, es verdad, pero indudablemente en dirección á la fruta caída del árbol que se proponian roer. Nubes de avispas se entregaban con toda libertad al saqueo, destrozando con sus lindos dienteitos nuestros mejores melocotones y uvas.

» Los manzanos del huerto, habitualmente tan fructíferos, estaban cubiertos de telas fabricadas por las orugas, presentando un ramaje amarillo. En menos de un año habian caducado.

» Anteriormente, jamás estuve en contacto con ese mundo insectil, pues la vigilancia de mi padre, y mas aun el socorro prestado por algunos pajarillos nos habian librado por completo de él. Así pues, en medio de mi inexperiencia y lastimado el corazón al ver semejante ruina, maldije lo que no debia maldecir, puesto que todos los seres pertenecen á Dios.

» Mas tarde, mucho mas tarde comprendí que cuanto la Providencia ha colocado en este mundo tiene su utilidad. Ausente el hombre, el insecto debe ocupar su puesto para que todo pase por el gran crisol, se renueve y purifique.»

Hé aquí explicado el terror y la repugnancia instintiva de la niña. Mas, todos somos niños, y hasta la filosofía, con su gran voluntad de simpatía universal, no se precave de semejantes impresiones. Las extrañas armas que tienen casi todos los insectos parecen á aquélla una amenaza contra el hombre.

Viviendo en un mundo de lucha, el insecto tiene necesidad de nacer armado de punta en blanco. Algunos de los trópicos, sobre todo, infunden pavor al mirarlos.

No obstante, muchas de esas armas que nos espantan, tales como pinzas, tenazas, sierras, agujas, barrenas, terrajas, cilindros y dientes muy afilados, ese formidable arsenal que les da el aspecto de muchos guerreros marchando á combatir, son frecuentemente, si bien se mira, las pacíficas herramientas con que se ganan la vida, los instrumentos de su oficio. En ese mundo el artesano lo lleva todo consigo; es á la vez el obrero y la manufactura. ¿Qué harían nuestros menestrales si llevaban siempre acuestas los aceros é hierro viejo de que se sirven en sus trabajos? Nos parecerían extraños, monstruosos, y nos causarían miedo.

El insecto (mas tarde lo vamos á ver) es un guerrero de circunstancias, por necesidad de defensa ó de apetito; pero, generalmente, ante todo y sobre todo es industrial. No hay una sola de sus especies que no pueda ser clasificada por su arte, y colocada bajo el pabellon de una corporacion de oficios.

Los esfuerzos de ese arte, ó, hablando el lenguaje de nuestras vetustas corporaciones, la *obra maestra* de ese obrero por la cual presume de consumado artífice, es la cuna. Como segun las leyes de la naturaleza entre ellos la madre debe morir generalmente al venir al mundo el hijo, su gran preocupacion consiste en crear un abrigo ingenioso para que guarde, alimente y sirva de madre al huérfano. Obra tan difícil exige instrumentos que no alcanzamos á comprender nosotros. Lo que nos parece un puñal de la edad media ó el arma sutil y pérfida de los asesinos de Italia, es por el contrario instrumento de amor y de maternidad.

Por otra parte, la Naturaleza está tan distante de compartir nuestras preocupaciones, nuestras repug-

nancias, nuestros temores infantiles, que parece como que cuida y protege con especialidad las especies roedoras que contrarían la economía de nuestros pequeños cultivos, pero que en otra parte la ayudan útilmente á mantener el equilibrio de las especies y á combatir el embarazo vegetal de ciertos climas, conservando cuidadosamente los gusanos que nosotros destruimos. La Naturaleza cuida (nos referimos á la oruga que se cria en los robles) de barnizar sus huevos, á fin de que, bajo la hoja seca, combatidos por los vientos y las lluvias, desafien los furios de la estacion invernal. Las orugas procesionales marchan vestidas y protegidas por sus espesos forros que infunden respeto á sus enemigos, hasta tanto que convertidas en falenas vuelan dichasas y libres, protegidas por las tinieblas.

Hay algunos otros séres cuyas precauciones son todavía mayores. Agentes esenciales sin duda de la trasformacion vital, tienen sobre los demás garantías de durabilidad que les aseguran infaliblemente la inmortalidad de su especie.

El pulgon, por ejemplo, vivíparo y ovíparo á un mismo tiempo, en verano nace vivo á fin de estar listo mas pronto para la obra que le tiene reservada la Naturaleza, y en el otoño se reproduce bajo la forma de un huevo, cuando las hojas caen y se adormece la sávia, para que pueda resistir mejor el frio del invierno. Por último, su generosa madre reserva á esa especie amada el don singular que le dará un solo minuto de amor, ¡la fecundidad para cuarenta generaciones!

Séres tan privilegiados tienen evidentemente que cumplir una importante mision que los hace indispensables y los convierte en un punto esencial de la

armonía de este mundo. Necesario es el sol, mas tambien lo son los mosquitos. El órden es grande en la Via láctea, pero tampoco lo es menos en una colmena. ¿Quién sabe si la vida de las estrellas no es tan esencial como todo esto? Veo desaparecer algunas, y Dios se pasa sin ellas. Ningun género de insectos deja de acudir al llamamiento. Que llegase á faltar una sola especie de hormigas y seria asunto grave, causando un peligroso vacío en la economía general.

II.

LA COMPASION.

Cierto dia el pintor Gros vió entrar en su estudio á uno de sus discípulos, jóven apático que habia creido hacer una gracia clavando en su sombrero una magnífica mariposa que acababa de coger, y que aun luchaba con las ansias de la muerte. Indignése el artista, y poseido de furor habló al jóven de esta suerte: «¡Cómo! ¡desdichado! ¿Es ese el sentimiento que sentís por todo lo bello? Encontrais á vuestro paso una criatura deliciosa, ¡y no os acude otra idea que crucificarla é inmolarla bárbaramente!.... ¡Fuera de aquí! ¡Nunca mas volvais á presentaros en mi casa!»

Esta escena no sorprenderá á los que sepan cuán viva fue la sensibilidad del grande artista, su religion por todo lo bello. Lo mas admirable es ver á un anatómico, á un hombre que ha vivido con el escalpelo en la mano (Lyonnet), expresarse en idéntico sentido y relativamente á los insectos menos intere-